**EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO**.
6 de junio de 1999.
**Juan 6, 51-58**

***El Cuerpo y la Sangre de Cristo***. Nadie logra un amor tan grande por los hombres. Estamos fatigados de tanto discurso, que no resulta verdadero, que se atribuye un servicio humilde, abnegado e incondicional a favor del pueblo. Los límites del mismo ofrecen, como resultado final, la decepción o una sensación de haber comprado el amor con baratijas. Sólo Dios no defrauda. La Solemnidad que celebramos pone a todos frente al amor de Dios hecho ofrenda inefable. Me refiero al don del Cuerpo y la Sangre de Cristo como alimento para la vida de los hombres. El texto de San Juan remueve los sentimientos más profundos. No se entiende si se le quiere otorgar una interpretación puramente material. Su sangre es bebida y su carne es comida. Es la comida necesaria para la verdadera subsistencia. Existe una manera de comer sacramental que se diferencia de las otras, de las que sacian las energías físicas y contienen una virtud transitoria, casi fugaz. Quienes escuchan las enseñanzas de Jesús no logran trascender los límites del lenguaje y sufren la contradicción y el escándalo.

***Para entrar en la Vida***. Muchos lo abandonan, no perseveran en su seguimiento, porque su confianza en Él no es suficiente para aguardar la concreción misteriosa y real

de su promesa. En la Última Cena, que celebramos con gran solemnidad el Jueves Santo, el Señor devela aquel misterio y resuelve el enigma de fe de sus discípulos fieles. Toma pan corriente, el de la mesa cotidiana, y una copa de vino. Pronuncia sobre uno y otra las simples palabras de *bendición* o de la consagración y, manteniendo las apariencias, se produce el prodigio admirable de su presencia sacramental. En lo que se ve como pan, su carne es comida; en lo que se ve como vino, su sangre es bebida. Es imprescindible alimentarse de Él para entrar en la Vida. Hoy, como entonces y siempre, la Iglesia, por el ministerio de sus sacerdotes, ofrece al mundo entero ese alimento necesario. Al mismo tiempo, como consecuencia desafiante de nuestra piedad, permanece entre nosotros para la adoración y consuelo de los enfermos e impedidos.

***Sentido religioso de la Eucaristía***. La riqueza espiritual que encierra, posee, en el signo material, una inagotable capacidad bienhechora para quienes creen. La Iglesia halla en la Eucaristía todo su bien y el reflejo final de su perfección. Cuando consigue, por la predicación, la catequesis y la oración, que sea celebrada conscientemente, su vida misma adquiere una capacidad evangelizadora de enorme eficacia. Es de lamentar que se la aprecie por una cierta representación formal, más que por su sentido religioso auténtico. En su celebración se dan los elementos de un proceso que aproxima a la total configuración con el Cristo inmolado y ofrecido como Cordero, que perdona los

pecados, y que crea el necesario ámbito familiar. Cristo constituye el bien absoluto de los hombres: la Palabra de Dios que convoca; la reconciliación que restablece los vínculos de vida con el Padre y entre los hombres; la representación del misterio de la muerte y resurrección que asocia eficazmente, a los participantes, a su misteriosa vitalidad; el alimento, fruto de la Redención, que nutre y vigoriza las fuerzas de la fe para el accidentado camino y para el combate, a veces inclemente, contra el pecado aún activo en cada uno y en las estructuras sociales.

***Alimento del trabajo por el bien común***. Corrientes celebra el Corpus. Es un pueblo cristiano que lleva su piedad eucarística al compromiso por la justicia y la paz, como lo hemos comprobado en recientes manifestaciones. Es preciso que siga su piadosa inspiración hasta concretar una realidad de pueblo libre, solidario y auténticamente fraterno. Cristo, verdadero alimento de los cristianos, configura a este pueblo consigo. Si la Eucaristía es bien celebrada, hasta su degustación como alimento sagrado, no debe sorprendernos que aparezcan los valores evangélicos en un comportamiento cada día más de todos. La esperanza que nos alienta está fundada en Cristo, Salvador de todos los hombres y, por lo mismo, Luz que ilumina en la búsqueda incansable del acuerdo que debe trascender ocasionales conveniencias. Para los cristianos, la Eucaristía constituye el alimento de sus esfuerzos por el logro del bien común.

***El bien común***. Dos términos indisociables que, frecuentemente, los dirigentes olvidan a favor de proyectos que contemplan un aspecto parcial y mezquino de la sociedad que pretenden construir. Me refiero al BIEN COMÚN o al bien de todos, sin exclusión de nadie. La Eucaristía capacita efectivamente para el servicio del bien común. La Comunión es hacer que el Bien sea de todos. La condición para la misma es un amor limpio de egoísmos, de mezquindades personales o sectoriales; una auténtica decisión de servir con humildad. No sé si es pretender demasiado. Creo que no, ya que Dios, sabio de toda sabiduría, nos propone como modelo humano a su Hijo divino. Cristo, *pan bajado del cielo*, nos ofrece un estilo de vida fraterna que hace posible la paz social que, con tanta frecuencia, ponemos en peligro. La gracia de la Eucaristía se constituye en la reserva espiritual esencial de un pueblo cristiano. En los limpios de corazón, en los pobres de espíritu, en los que sufren y solamente en Dios ponen su esperanza, en quienes se ponen a trabajar por la paz, la Eucaristía es alimento substancioso y necesario.